

El colonizador colonizado

Paradojas del imperio español

Jesús Torrecilla



JESÚS TORRECILLA

EL COLONIZADOR COLONIZADO

Paradojas del imperio español

Marcial Pons

Madrid | Barcelona | Buenos Aires | São Paulo

2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Jesús Torrecilla
 - © Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
Tamayo y Baus, 7, 1.º Izq. – 28004 Madrid
 - ☎ 913 043 303
 - ✉ juridicas@marcialpons.es
- ISBN: 978-84-19892-32-4
Depósito Legal: M6422-2025
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Impresión: Safekat, S. L.
Madrid 2025

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. DOS COLONIZACIONES SUPERPUESTAS	9
CAPÍTULO 1. UNA RIQUEZA QUE EMPOBRECE	23
I. UN IMPERIO EN EXPANSIÓN	23
II. LA POLÉMICA DE MASSON	28
III. LOS INDIOS DE EUROPA: ORO POR ESPEJOS.....	31
IV. LAS TEORÍAS Y LOS HECHOS	36
V. EL ORO EMPOBRECE (Y DEBILITA).....	43
VI. UNA POLÉMICA SOBRE EL LUJO	47
VII. DOS VERSIONES SOBRE LA PEREZA ESPAÑOLA..	53
VIII. LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS	62
CAPÍTULO 2. UN CENTRO MARGINAL	67
I. <i>QUID EST ENS UNIVERSALE?</i> CONOCIMIENTO Y PODER.....	68
II. LOS INDIOS DE EUROPA: EN LOS MÁRGENES DEL MUNDO MODERNO	74
III. INSULTO Y BURLA	81
IV. EL ESPACIO EUROPEO.....	87
V. MODERNIDAD Y RESENTIMIENTO.....	96

VI.	NACIONALISMO DEFENSIVO: EL MAJISMO.....	103
VII.	LA MODERNIDAD COMO INVASIÓN.....	116
CAPÍTULO 3. UNOS SÁDICOS ÉTICOS.....		121
I.	IDEALISMO Y PRAGMATISMO.....	122
II.	IDEALES E INTERESES.....	131
III.	DIOS TE VE.....	137
IV.	IDEALISMO E HIPOCRESÍA.....	145
V.	IDEALISMO Y PROPAGANDA.....	150
VI.	DOS COLONIZACIONES EN CONFLICTO.....	159
VII.	COLONIZADOS COLONIZADORES Y COLONIZADORES COLONIZADOS.....	164
CAPÍTULO 4. UNA AUTENTICIDAD FALSA.....		171
I.	CAMBIO DE LEALTADES.....	171
II.	PARADOJAS IDENTITARIAS.....	177
III.	UN INDEPENDENTISMO DEPENDIENTE.....	183
IV.	¿CRUELES O INEFICIENTES?.....	187
V.	LA SUPERIORIDAD MORAL DEL FUERTE.....	190
VI.	PARADOJAS DE LA IMITACIÓN: UN ANTICOLONIALISMO COLONIALISTA.....	196
VII.	LA RECONQUISTA Y AL-ANDALUS.....	200
VIII.	LA IDEOLOGÍA COMO IDENTIDAD.....	209
IX.	RELATO Y COMPORTAMIENTO. EL QUÉ Y EL CÓMO.....	215
X.	MITOS IMPORTADOS: UNA IDENTIDAD FRAGMENTADA.....	219
CONCLUSIONES. EL IMPERIO DE LA PARADOJA.....		225
OBRAS CITADAS.....		245
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....		259

INTRODUCCIÓN

DOS COLONIZACIONES SUPERPUESTAS *

Con los mejores estrategias de Europa, fueron burlados en todas partes; con las tropas más bravas y disciplinadas, experimentaron frecuentes derrotas; con los mayores tesoros, padecieron necesidad y sus ejércitos estuvieron desabastecidos y faltos de pago.

Edmund Burke

En su obra de 1758 sobre los asentamiento coloniales en América, se sorprendía Edmund Burke de que un país como España ocupara una posición marginal en Europa. No le aprovechaba tener brillantes estadistas, fabulosas riquezas y excelentes soldados. Sus proyectos naufragaban, sus ejércitos sufrían continuas derrotas y sus finanzas no alcanzaban a cubrir las necesidades más urgentes. ¿Cómo explicar esa aparente incongruencia? ¿Qué fallaba? ¿Por qué un país que sobre el papel debía ser fuerte y respetado, adolecía de una debilidad crónica? En los dos siglos y medio transcurridos desde que el filósofo irlandés expresara esas ideas, miles de autores han reflexionado sobre el tema, intentando explicarse las paradojas que parecen consustanciales al caso español. El presente libro representa un intento más.

* Las citas aparecen en español en el texto con el objeto de facilitar la lectura. Su traducción es responsabilidad del autor, a no ser que se especifique lo contrario.

La conquista y colonización de extensos territorios es un episodio bien conocido de la historia de España. Menos lo es la colonización que experimentó el país en esa misma época a manos de otras naciones. No porque fuera invadido por sus ejércitos. De utilizar así el término, deberíamos restringir nuestro análisis a la breve etapa napoleónica. Pero el colonialismo es un fenómeno muy complejo. Desde los estudios pioneros de Aimé Césaire, Frantz Fanon, Edward Said y Roberto Fernández Retamar, una larga nómina de especialistas se han encargado de resaltar la multiplicidad de un concepto que posee numerosas variaciones. De manera general, podríamos definirlo como el dominio de un pueblo por otro. Ese dominio puede ejercerse de muy diversas maneras. Existe una colonización política y económica, pero también artística, cultural e identitaria. Existe un colonialismo que implica la ocupación militar de un territorio por una potencia extranjera, pero hay otro, relacionado con lo que suele denominarse «poder blando», que se ejerce sin necesidad de recurrir a ese medio.

En el análisis que sigue prestaré atención a las diferentes formas de dominio que sufrió el mundo hispano durante la época colonial. No pretendo sugerir con ello que la separación entre metrópoli y colonias deba ignorarse. De hecho, las particularidades de la colonización española aparecerán repetidas veces en estas páginas, como no podía ser menos. Pero el planteamiento central de mi libro apunta en otra dirección. Mi propósito es enfatizar un fenómeno que ha sido poco estudiado, pero que no por ello posee menor relevancia. A la colonización española se superpone desde fecha temprana otra que atañe al mundo hispano en su conjunto y que, de manera significativa, produce reacciones similares a ambos lados del Atlántico. Analizar las causas y los efectos de ese fenómeno es lo que aquí me propongo.

Las razones que se han ofrecido para explicar la pérdida de poder de España en el XVII, suelen subrayar el factor humano como uno de los principales responsables. Según eso, el país se habría sumido en una profunda crisis porque sus representantes no supieron responder a los retos que se les plantearon. Se ha hablado de la falta de perspicacia de los españoles, de su fanatismo religioso, de su intolerancia, de su escaso sentido práctico, de su ambición desmedida, de su pereza, de su orgullo ridículo, de su espíritu inquisitorial, de las continuas guerras en que se vieron envueltos, de la emigración a las colonias, de la pérdida de población que experimentó el país por las expulsiones masivas de judíos y moriscos... Burke afirma que el país tomó en un

determinado momento «una desviación equivocada», aunque sin especificar en qué consistió el cambio de rumbo o cuándo se produjo. Tampoco aclara quién sería responsable de la deriva. ¿Cómo explicar que los inteligentes estrategas que regían los destinos del país, según él mismo asegura, tomaran decisiones tan torpes?

La evidencia de los textos sugiere que esa forma de ver las cosas es simplista. Todo parece indicar que la responsabilidad que correspondió a los españoles en la gestación de la grave crisis que experimentó el país fue limitada. Eso no implica eximirlos de culpa, sino matizar su alcance. Baso mi afirmación en dos razones concretas. Por una parte, algunos de los problemas de mayor envergadura que confrontó el país no estuvieron provocados por decisiones de sus gobernantes, sino por circunstancias que escapaban a su control. Factores que podríamos denominar fortuitos jugaron un papel esencial tanto en el rápido encumbramiento del país a principios del XVI como en su brusco declive un siglo más tarde. No es que los españoles carecieran de perspicacia para identificar la raíz de los problemas que se les presentaron, sino que se encontraron de repente con situaciones en las que su capacidad de maniobra era escasa. Por otra parte, considero también importante señalar que las mismas causas que facilitaron el engrandecimiento de España, serán las que ocasionarán su ruina. Lo que implica de nuevo restringir la responsabilidad del elemento humano en el desarrollo de los acontecimientos. Si un factor determinado había servido durante siglos para fortalecer al país, era difícil prever que, al cambiar las circunstancias, podía acarrear consecuencias letales.

Mi análisis se centra en tres aspectos que considero de especial relevancia: el descubrimiento de ricas minas de oro y plata, el entusiasmo religioso y el orgullo identitario. Los tres jugaron un papel decisivo en la forja de uno de los mayores imperios de la historia, pero los tres se coadyuvaron también para debilitarlo gravemente. De ese modo, como ya advirtieron varios autores coetáneos, posibilitaron que el país colonizador por excelencia fuera a su vez colonizado por otras naciones.

Los metales americanos enriquecieron a España, propiciando su rápido ascenso a primera potencia europea. Permitieron que la Corona mantuviera grandes ejércitos y construyera grandes armadas. Durante todo el XVI, el país era odiado y temido por el resto de las naciones. Pero la avalancha de oro y plata no tardó en desatar un fuerte proceso inflacionario y, en un corto espacio de tiempo, arruinó

su industria. Lo que acarreó que las riquezas procedentes de América terminaran en manos de sus más directos rivales. Ya en 1558 el economista Luis Ortiz detectó el problema y lanzó la voz de alarma. Los españoles trocaban el oro y la plata por espejuelos y fruslerías. Si no revertían esa situación, se convertirían en los indios de Europa. En las décadas siguientes, otros muchos economistas constataron la gravedad del asunto, y, para hacerla más gráfica, recurrieron a la misma imagen. En ese aspecto, al menos, la realidad colonial del mundo americano se invertía en Europa. No se trataba de una cuestión menor, ya que, como planteó el también economista Sancho de Moncada a principios del XVII, el dinero es el nervio de la guerra. Si la dinámica creada empobrecía a España y enriquecía a sus enemigos, el problema era doble. Otros muchos fueron conscientes de la amenaza. Pero la coyuntura no tenía fácil arreglo. Sin industria, España dependía de los metales procedentes de América para hacer frente a sus necesidades más urgentes. Eran la enfermedad y eran el remedio. Lo que parecía un regalo del cielo, demostró ser un regalo envenenado.

El entusiasmo religioso fue otro de los factores fundamentales que propiciaron la expansión española por medio mundo. Sin el aporte de frailes y misioneros sería difícil entender un imperio de las características del español. Pero, a medida que el espíritu ilustrado se generalizaba en Europa, el protagonismo de la Iglesia se convirtió en una rémora. Los avances científicos contribuían decisivamente al fortalecimiento de un país, según se encargaban de probar los hechos, y la Iglesia era uno de los grandes enemigos de la Ilustración. No participar en ese movimiento implicaba condenarse al atraso y a la debilidad. A finales del XVII, los novatores alertaron ya del peligro. Los españoles se mantenían al margen de la gran revolución científica que se estaba fraguando en Occidente. No creaban la modernidad, sino que les llegaban sus ecos. Si no querían convertirse en los indios de Europa (de nuevo aparece esa imagen), deberían unirse a la corriente ilustrada que estaba cambiando la faz del continente. Un siglo después, la situación no parecía haber evolucionado mucho. En el artículo que escribió Masson para la *Encyclopédie* en 1782, aseguraba el autor francés que España no tenía científicos, físicos ni matemáticos. Sin la ayuda de los países modernos, añade, no serían capaz de fabricar ni tan siquiera una silla. En su opinión, el país era una débil colonia que necesitaba del brazo protector de la metrópoli. Para calibrar el carácter paradójico de esa comparación, conviene recordar que, por los años en que

se publicó el artículo, el virreinato de Nueva España acababa de emprender su última gran empresa colonial en la frontera norte. Con la incorporación de California, el imperio español alcanzó su máxima extensión histórica.

El artículo de Masson provocó un formidable revuelo. Muchos españoles protestaron airados contra lo que consideraban un ataque malicioso e injusto. Especialmente, porque menospreciaba la importante contribución del país a la cultura europea en los siglos anteriores. Pero incluso un decidido apologista de la nación, como Forner, se veía forzado a admitir que, en lo referente a la situación actual, el francés no andaba muy descaminado. A pesar de las grandes mejoras efectuadas durante el reinado de Carlos III, el país se encontraba aún a una considerable distancia de las naciones europeas más avanzadas.

Confrontados con esa coyuntura, los españoles de ideas ilustradas pensaron que era vital que el país no cerrara sus puertas a los adelantos de fuera. Pero la modernización, entendida en esos términos, era un asunto espinoso. Como revela su misma forma de plantear el problema, la modernidad no implicaba para ellos crear una realidad nueva, sino imitar la existente en otros países. Y ese aspecto, que podría parecer irrelevante, acarreó decisivas repercusiones. La agria polémica que desencadenó el artículo de Masson, prueba que las sensibilidades estaban a flor de piel. Entre otras cosas, porque la tendencia a la imitación no se limitaba solo a cuestiones científicas, sino que afectaba también al arte y la cultura. Y en este último apartado, la mejora implícita en el concepto de progreso era difícil de probar.

Los conservadores no tardaron en comprender que en ese nivel se encontraba el flanco débil de sus adversarios y concentraron ahí sus ataques. Será en el terreno artístico y cultural, no en el científico y económico, donde se producirán la mayor parte de las polémicas españolas de aquella época. Los ilustrados, convencidos de que existía un buen gusto universal, pensaban que el que imperaba en su país era extravagante y ridículo. Algunos lo equiparaban al de los salvajes de África. Para superar esa situación vergonzosa, proponían que España debía seguir el ejemplo de las naciones modernas. Lo que significaba, esencialmente, imitar las modas francesas. Los conservadores, en cambio, pensaban que el problema no residía en el país, sino en los que lo censuraban. En su opinión, los españoles de ideas progresistas estaban enamorados de la cultura del país vecino y renegaban de su identidad. Unos decían querer sacar a España del estado semibárbaro en que se

encontraba, los otros lamentaban la existencia de una humillante sujeción cultural por el servilismo de los afrancesados. Unos atacaban el mal gusto de los conservadores, los otros la falta de patriotismo de sus adversarios.

Ya en el XVIII, por tanto, la propuesta de modernización despertó las suspicacias, no solo de la Iglesia católica y de los conservadores, que veían peligrar sus valores (y sus intereses), sino también de grupos nacionalistas que sentían amenazada la identidad nacional. Lo que implica que la oposición ideológica entre tradición y cambio resultó interferida por cuestiones identitarias. Los ilustrados se vieron obligados a confrontar un nuevo enemigo que dificultó aún más sus planes. La interferencia de lo identitario con lo ideológico demostró ser una de las grandes rémoras que entorpecerán la modernización de España.

Nos encontramos aquí frente al tercer gran aspecto en el que centraré mi análisis. El orgullo identitario había sido un factor indispensable para entender el fuerte impulso expansivo del país, pero jugará ahora asimismo un papel crucial en debilitarlo. En la nueva realidad creada por la Ilustración, un elevado porcentaje de españoles reaccionó contra la modernidad, no ya por lo que significaba en sí misma, sino por asociarla con Francia. Resentidos contra lo que consideraban una intolerable invasión de modas y costumbres extranjeras, ciertos miembros de las élites propusieron que la identidad española más auténtica se caracterizaba por oponerse a todo lo relacionado con el país vecino. Esa reacción implicaba un rechazo visceral de aspectos que podrían considerarse irrelevantes (la comida, el vestido, los espectáculos), pero afectaba también a otras cuestiones cuya importancia está fuera de toda duda. Me refiero al espíritu científico, la racionalidad y el progreso. El majismo, tal y como el movimiento se denominó en aquella época, elaboró una nueva imagen de España asociada con el primitivismo, la espontaneidad, la ignorancia, la pasión, el desenfreno, los toreros, los majos y los gitanos. Un planteamiento que situaba al país en las antípodas de la modernidad.

El majismo fue combatido en el XVIII tanto por los conservadores como por los ilustrados. Los primeros, porque rechazaban la imagen que ofrecía de España, muy distinta de la tradicional. Los segundos, porque juzgaban disparatadas las asociaciones que establecía. En su opinión, no tenía sentido calificar al espíritu moderno de francés. Interpretar la oposición entre tradición y modernidad en términos identitarios les parecía, no solo una falsedad, sino, peor aún, un error que

podía costar muy caro al país. Por ello, dedicaron una buena parte de sus energías a desmentirlo. Las estrategias a que recurrieron fueron muy variadas. En ciertos casos, interpretaron las ideas modernas como racionales, afirmando que no tenía sentido asociarlas con un país determinado. En otros, intentaron arraigarlas en suelo nacional, planteando que, para modernizarse, a los españoles les bastaba con rescatar el espíritu ilustrado de «sus» musulmanes medievales. Finalmente, en diversas obras teatrales utilizaron un estilo moderno para desarrollar argumentos nacionalistas, pretendiendo probar con ello que se podía defender ideas progresistas sin dejar de ser un buen patriota. Las tragedias neoclásicas se centraron casi exclusivamente en la invasión de la península ibérica por los musulmanes y el empeño de los españoles por devolverlos al norte de África.

Todas esas propuestas apuntaban en una misma dirección: sus autores se proponían desmentir la creencia (defendida tanto por conservadores como por majistas) de que el espíritu moderno era extraño a la idiosincrasia nacional. España, según los ilustrados, podía ponerse al día sin renunciar a ser lo que era. En los últimos años del reinado de Carlos III, muchos progresistas expresaron su convencimiento de que los esfuerzos del gobierno por modernizar el país estaban dando buenos resultados. Las reformas que observaban a su alrededor les hacían confiar que España se encaminaba en la dirección correcta.

Pero la revolución francesa frustró ese intento moderado de cambio que, de haber tenido éxito, habría cambiado la historia del país. Los violentos acontecimientos que se produjeron en la nación vecina exacerbaban los miedos y fomentaron la polarización en la sociedad española. La invasión napoleónica, veinte años más tarde, no haría sino agudizar el problema, acentuando la interferencia de lo ideológico en lo identitario. Sobre todo, porque Napoleón caracterizó la invasión como un intento de ayudar a los españoles a modernizar el país, logrando de ese modo la colaboración de una buena parte de las élites cultas. El éxito de su estrategia pareció dar la razón a los que habían advertido a lo largo del XVIII contra la excesiva fascinación por las ideas y costumbres francesas. En el nuevo contexto, incluso algunos ilustrados asumieron el planteamiento conservador y se preguntaron si el afrancesamiento de las clases altas no habría funcionado como una especie de caballo de Troya. El hecho de que el pueblo ignorante fuera el único grupo que se opuso sin vacilar a las tropas francesas

provocó en ellos dudas. En ese contexto, la Iglesia católica (promotora principal de la resistencia popular) y el nacionalismo antifrancés adquirieron un renovado prestigio. Lo cual no podía ser una buena noticia para los que se proponían modernizar el país.

La nueva identidad propuesta en el XVIII por el majismo, esencialmente antifrancesa, recibió así un fuerte espaldarazo. El romanticismo europeo contribuyó a difundirla por todo el continente, logrando que, desde las primeras décadas del XIX, la imagen «exótica» de España empezara a ser considerada en Europa (y en la misma España) como su representación más genuina. Lo que implicó que, de manera creciente, la modernidad no solo era combatida por los tradicionalistas, sino también por otros grupos, no necesariamente de esa ideología, que la consideraban una amenaza para la idiosincrasia nacional. Ambas tendencias suelen darse unidas, pero no deberían confundirse. El nacionalismo defensivo no es privativo de los conservadores. Se observa también en ciertos autores de mentalidad moderna, reacios a aceptar el papel subsidiario de su país (y el suyo propio) respecto a las naciones más avanzadas. La combinación de los tres factores (económico, ideológico e identitario) contribuyó a sumir el país en la pobreza y el atraso, condenándolo a una debilidad crónica.

Pero la reacción conservadora acarreó asimismo otra consecuencia no menos negativa para los intereses del país. Tras la expulsión de las tropas francesas, la Iglesia católica y los tradicionalistas monopolizaron la identidad nacional y emprendieron una campaña de acoso y derribo contra sus rivales ideológicos. La iniciativa no era nueva, ya que durante todo el XVIII habían intentado algo similar, solo que ahora las circunstancias les favorecían. En su opinión, los únicos realmente españoles eran ellos. Como bien probaba lo sucedido durante la invasión napoleónica, en la que gran número de ilustrados colaboraron con el enemigo, los que tenían ideas progresistas habían nacido en España pero no se sentían españoles. Que muchos liberales hubieran luchado contra Napoleón les pareció irrelevante. Todos fueron incluidos en el mismo grupo. Tras el regreso de Fernando VII, los partidarios de modernizar el país confrontaron la dolorosa disyuntiva de pasar una larga temporada en la cárcel o emprender el camino del exilio. En el mejor de los casos, se vieron coaccionados a silenciar sus creencias.

En ese ambiente represivo y hostil, en el que se les negaba incluso su condición de españoles, algunos liberales tomaron una decisión

arriesgada. Y difícil de entender. Porque, como veremos, no solo entraba en conflicto con sus convicciones, sino que perjudicaba a sus intereses. La tendencia a la imitación había sido durante el XVIII una de las características definitorias de la Ilustración española. Afectó, como ya dije, a numerosos y variados niveles. Los partidarios de modernizar el país estuvieron muy atentos a los adelantos científicos, filosóficos y literarios de los países modernos (Francia especialmente), pero imitaron también otros aspectos de menor relevancia: comida, vestido, peinado, formas de diversión... Sin embargo, existió una última línea que los ilustrados se resistieron con firmeza a franquear. En lo relativo a la interpretación de su identidad y su historia, la inmensa mayoría se negó a aceptar las ideas que les llegaban del otro lado de los Pirineos. Entre otras razones, porque los países que elaboraron esa narrativa (que eran asimismo los representantes del espíritu moderno) habían sido por siglos los enemigos más encarnizados de España. La imagen resultante, por tanto, era extremadamente hostil. Casi sin excepción, los ilustrados del XVIII denunciaron que ese discurso estaba condicionado por los prejuicios antiespañoles y la pasión nacional.

A principios del XIX, sin embargo, en las circunstancias a que me acabo de referir, los liberales cruzarán también esa última línea. En el ambiente político que siguió a la derrota napoleónica, algunos de ellos radicalizarán sus posturas y darán la razón a los conservadores: el país que querían construir no podía cimentarse sobre las bases de la España tradicional. La larga lucha contra los musulmanes había creado una sociedad en la que la Iglesia católica acaparó grandes privilegios, y empleó ese poder de manera excluyente, destruyendo a los que no compartían su credo. Lo que significaba que la identidad española había estado caracterizada desde el principio por el fanatismo, la intolerancia y el espíritu inquisitorial. A diferencia de los ilustrados del XVIII, un nutrido grupo de liberales considerarán ahora que la única alternativa que existía a esa situación era refundar el país sobre nuevas bases. Necesitaban otra tradición, otros mitos, otra identidad en la que sus proyectos tuvieran cabida. Y, para hacerlo, recurrieron a la narrativa elaborada por los países modernos. Puesto que se identificaban con sus ideas y sus costumbres (por no hablar de sus prácticas de gobierno), adoptaron también la versión que difundían sobre la identidad española. El país progresista que querían construir, pensaban, tenía mucho más en común con las naciones modernas que con sus antepasados españoles, últimos responsables, en definitiva, de la realidad actual.